

Memoria, historia y poesía: la Guerra Civil y el diálogo entre generaciones

Jurado Morales, José. 2021. *Soldados y padres. De guerra, memoria y poesía*. Sevilla: Fundación José Manuel Lara.

FERNANDO VALLS

Universitat Autònoma de Barcelona (Espanya)

<https://orcid.org/0000-0001-5304-1138>

doi: <https://dx.doi.org/10.7238/dd.voi10.409635>

Este estudio tiene su origen en una original idea que su autor, José Jurado Morales, profesor de la Universidad de Cádiz, ha sabido llevar a la práctica con acierto, poniendo en juego su conocimiento de la materia, para cubrir un hueco en los trabajos sobre la Guerra Civil española, y, en concreto, sobre la poesía. No me extraña, por tanto, que haya obtenido el Premio Manuel Alvar de Estudios Humanísticos 2021. Así, analiza con brillantez una serie de poemas sobre la experiencia de los padres de nueve escritores durante la guerra. Seis de ellos escriben en castellano, dos en catalán y la única mujer que aparece entre ellos, en inglés, pero además forma parte de la llamada *Segunda generación del exilio*.

En cambio, los poetas apenas se refieren a sus madres, más allá de los datos que las vinculan con sus maridos e hijos. Todos estos poetas, niños en la primera década de la posguerra, forman parte —diríamos— de la misma generación literaria, pues empezaron a publicar en los sesenta, aunque la mayoría lo hiciera en los setenta. La excepción es, de nuevo, Jane Durán, la menos conocida por los lectores, e incluso por los especialistas, al haber vivido toda su vida fuera de España, ajena a nuestra vida cultural y sin ejercer como descendiente de exiliados. A los demás los conocemos por su condición de poetas y, en algunos casos, también como ensayistas o investigadores académicos con una notable trayectoria. Así, Jorge Urrutia, Jacobo Cortines, Miguel D'Ors, Pere Rovira y Antonio Jiménez Millán han sido o son profesores de universidad en Madrid, Sevilla, Granada, Lérida y Málaga, respectivamente. Asimismo, provienen, por su lugar de nacimiento, de lugares distintos: Madrid, León y diversos lugares de Andalucía, Cataluña e Inglaterra.

El libro se compone de tres partes. Tanto la introducción como el epílogo resultan imprescindibles, pues en ellos el autor se hace las preguntas pertinentes y llega a unas esclarecedoras conclusiones. De igual modo, se plantea cuestiones teóricas sobre la memoria (las denominadas “memoria histórica” y “posmemoria”, la memoria familiar, la autoficción, el trauma heredado, la identidad, etc.), y lo hace con absoluta claridad, sin los habituales galimatías a los que cada vez son más dados los investigadores literarios. Los nueve capítulos, uno por autor, siguen el orden cronológico de nacimiento y en ellos se contextualiza la vida de los progenitores y su actuación en la guerra, y se analizan los poemas. Además, tanto el conjunto de fotos, casi todas familiares, con la excepción de una de Capa (¿por qué no se reproduce la de Gerda Taro, sea o no Gustavo Durán quien aparezca en ella?), como la bibliografía final y el índice onomástico resultan utilísimos.

«¿Qué hicieron nuestros padres en la guerra?», se preguntan los poetas de forma más o menos explícita. Recuérdese que los jóvenes alemanes empezaron a cuestionar la vinculación de sus abuelos y padres con el nacionalsocialismo a finales de los sesenta. Y brotan de inmediato más preguntas: ¿podría plasmarse su experiencia en un poema? ¿En qué momento se deciden a escribirlos, siendo jóvenes o ya maduros, en vida de sus progenitores o una vez fallecidos? ¿Qué relación personal y —digamos— ideológica mantuvieron con sus padres? ¿Eran dados a contar sus experiencias en la guerra? ¿Cuándo decidieron hacerlo? Estas y otras cuestiones de semejante interés se plantea Jurado Morales, consiguiendo responderlas a lo largo de su libro. La cita inicial de Luis García Trapiello, hermano de Andrés Trapiello, viene a precisar que en realidad ellos no fueron hijos de la guerra, sino de quienes la hicieron, un punto de partida que se tiene en cuenta a lo largo del libro.

Así, el padre de Joan Margarit fue un soldado republicano que desertó, pasándose al bando contrario. «Te habías convertido en un fascista», reza uno de los versos tajantes que le dedica su hijo. Y aunque sus trayectorias profesionales coinciden, ambos fueron arquitectos, la relación que mantuvieron se caracteriza por la falta de afecto procedente de las reiteradas ausencias del progenitor y del escaso aprecio que le mostró durante la infancia y la adolescencia. Se trataba, parece ser, de un hombre acomple-

jado e inseguro que no consiguió superar su origen humilde, ni tampoco el miedo que pasó durante la guerra. Estamos, por tanto, ante un ajuste de cuentas del poeta, como señala Jurado Morales, a quien el padre no pudo o no quiso explicar el porqué de su acomodo a la burguesía franquista durante la posguerra, en contraste con su hermano Lluís, quien hizo la guerra en el bando republicano pero acabó convirtiéndose en un ser amargado. Sea como fuere, Joan Margarit lo evoca en varios poemas, ya en anciano o cuando ha fallecido, con cierta indulgencia.

El caso de Jane Durán, poeta, quizá sea el más singular, porque es la única que le dedica un libro entero a su padre, *Silencios desde la guerra civil española* (publicado en inglés en 2002 y en castellano en 2019), el escritor y músico Gustavo Durán (1906–1969), cuya legendaria biografía —fue compositor, soldado y funcionario internacional— noveló Horacio Vázquez Rial en 1997 e historió Javier Juárez en 2009. Durán luchó en el bando republicano, donde llegó a ser coronel, pero nunca habló con su familia de su actuación en la guerra, escribe su hija: «He intentado escuchar el silencio de mi padre sobre la guerra civil española» (p. 54), si bien el padre escribió un diario de campaña, publicado en 1980, y no volvió a España. Murió en Atenas y está enterrado en Alones (Creta). Esos años griegos, en los que traduce a Cavafis, son los de la amistad con Gil de Biedma, quien le dedica un poema, «Para Gustavo en sus sesenta años». De esa relación surge el libro, al cuidado de Alejandro Duque Amusco, *Días finales en Grecia (Cavafis, Gil de Biedma)* (2019). Jane Durán nace en Cuba, de madre norteamericana, la acaudalada Bonté Crompton, y se cría en los Estados Unidos y Chile, para acabar afincándose en Londres. Como el resto de los protagonistas de este libro, Jane Durán se pregunta quién fue su padre, qué papel desempeñó en nuestra contienda y cuáles fueron entonces sus sentimientos al respecto.

El poeta y profesor Jorge Urrutia es hijo del ensayista literario y poeta que, tras acabar la guerra, firmaba con el seudónimo de Leopoldo de Luis (1918–2005). Este se alistó en el Quinto Regimiento, afiliándose al Partido Comunista (PCE), para terminar la guerra como capitán de Estado Mayor y padecer cárcel. En sus poemas, Urrutia evoca la figura de su padre de manera templada, sin que falte el afecto, como señala Jurado Morales, y sin olvidar tampoco lo difícil que fue vivir en España para los vencidos.

Leopoldo de Luis resultó herido en la guerra, como también les ocurrió a los padres de Jacobo Cortines, Pere Rovira y Andrés Trapiello.

El padre de Jacobo Cortines, destacado poeta y ensayista, luchó contra el bando republicano. El hijo lo evoca tanto en sus memorias como en sus poemas, en una epístola consoladora titulada «Carta de junio», en uno de cuyos versos sentencia: «No fue un error tu vida». El padre, franquista pero antifalangista, luchó en el bando nacional, llegando a ser teniente, aunque hasta el final de su vida sostuvo el sinsentido e inutilidad de la contienda, calificada de «estúpida» en repetidas ocasiones. Lo hirieron en una pierna, si bien renunció a la pensión que le correspondía, pues debe tenerse en cuenta que pertenecía a una familia de hacendados lebrijanos con un patrimonio considerable. Como ocurre en otros casos de los aquí tratados, la guerra les impidió vivir con normalidad la juventud, frustrando además sus proyectos vitales, por lo que todos fueron —en cierta forma— víctimas, opina Jacobo Cortines. Sin embargo, debe quedar claro que no podemos igualar a vencedores y a vencidos, pues estos sufrieron represión y persecución, cuando no de cárcel, perdieron sus bienes e incluso muchos de ellos tuvieron que exiliarse.

Miguel d'Ors, poeta, profesor y ensayista, procede de una ilustre familia cuyo principal representante fue su abuelo, Eugenio d'Ors, mandarín en el bando vencedor y notable escritor, crítico de arte y ensayista, sobre todo antes de la guerra. El padre de Miguel, Álvaro d'Ors, fue catedrático de derecho romano en varias universidades, para jubilarse en la del Opus Dei, en Navarra. Hizo la guerra con los requetés, como católico prácticamente y seguidor, anacrónico, del carlismo. Nuestro poeta, en sus versos (sobre todo en «Arma virumque»), alaba la figura de su padre y celebra su toma de posición tanto política como militar, la fe en Dios y la defensa de España, e incluso confiesa que él hubiera hecho lo mismo. Lo singular, en este caso, es que esta postura política podría decirse que aparece simbolizada en tres objetos que el padre custodió: un devocionario, un detente y un crucifijo. Para Margarit, en cambio, fue un capote; para Jorge Urrutia, el agua; para Jane Durán, una lata de sardinas, y para Jacobo Cortines, unas muletas.

Pere Rovira, profesor universitario e investigador que dedicó su tesis a Gil de Biedma, es el único, junto a Margarit, que escribió su obra en ca-

talán. El padre, figura relevante en su poesía, había sido guarnicionero, aunque, al no poder ganarse la vida con su oficio, tuvo que desempeñar muchos otros a lo largo de los años. Luchó en el bando republicano, en Pozoblanco, en la comarca de los Pedroches, y tras la guerra estuvo internado en un campo de trabajo, del que consiguió escaparse. Los poemas sobre la guerra de Pere Rovira los ha relacionado Jurado Morales con los de otros poetas que aparecen en su libro. Así, uno de los versos de «Un miliciano» lo utiliza Antonio Jiménez Millán como lema de su «Dominio de la herrumbre», pero, además, los versos de Rovira coinciden con otros de D'Ors y Cortines en el «agradecimiento indirecto a sus padres por no haberse dejado matar en la guerra» (p. 179). Se trata, pues, de un alegato contra el enfrentamiento violento y a favor de la libertad individual frente a la sumisión a la que suele obligar la ideología, como han señalado Joan Calsina y Pere Ballart, estudiosos de su obra. En suma, si en este caso el padre pierde la guerra, podría decirse, en cambio, que obtiene una victoria en el plano vital.

Del padre de Andrés Trapiello es del que más sabíamos, al menos los que somos lectores de sus diarios y artículos, donde aparece con una cierta frecuencia, así como en su novela *Ayer no más* (2012) y en *La fuente del encanto. Poemas de una vida (1980–2021)* (2021).¹ Hizo la guerra, un hecho determinante para toda la familia García Trapiello, en el bando nacional, participando en dos de sus batallas más importantes, las de Teruel y del Ebro, aunque no le gustaba recordar esas experiencias. Con los padres de Rovira, Cortines y Llamazares comparte la opinión del sinsentido de las guerras. Aunque Trapiello y su padre se enfrentaron por razones ideológicas, al alcanzar el poeta la madurez ambos resolverían sus diferencias.

1 Cuenta en ese libro, excelente, en el que se reproducen sus poemas «Retrato de mi padre» y «Claro de luna», en los que trata de la relación con su progenitor y su actuación durante la guerra (pp. 169, 262–264), que una tarde de verano, se reunieron en tertulia, de forma espontánea, en la tienda de sus padres, un transportista que había coincidido en la guerra con su padre y sus tíos Marcelo (periodista), César (sacerdote) y Andrés (maestro de escuela). Siempre que coincidían, sigue Trapiello, acababan hablando de sus experiencias en la guerra, excepto el periodista que parece ser que se había librado por miope. «La guerra era para ellos lo que para mí la poesía, la razón de su vida, de su memoria, incluso su proyecto de vida, pues en cierto modo seguían viviendo en ella. Si les hubieran quitado no la victoria, sino la guerra, se hubieran quedado sin nada» (p. 230).

Quizá sea en su poema «Claro de luna» donde se muestra la reconciliación de una manera más fehaciente.

El profesor, traductor y poeta Antonio Jiménez Millán se ocupa también de la experiencia militar de su padre en varios poemas. Católico y perteneciente a una familia de terratenientes granadinos, había luchado como alférez provisional en el bando nacional, habiendo asistido en agosto del 1936 a la Olimpiada de Berlín, en pleno auge del nacionalsocialismo. Jiménez Millán especula con la idea, los datos lo llevan a ello, de que su padre podría haberse enfrentado al de Pere Rovira, de ahí la cita de uno de los versos del poeta catalán. Tras la guerra, como le ocurrió al padre de Trapiello, se olvidó de la política y se centró en el trabajo. Compartió con el poeta leonés, además, tanto el enfrentamiento ideológico con su padre, no en vano se afilió al PCE en 1973 y, de ahí el cambio de la primera letra de su apellido, de *G* en *J*, como una manera (simbólica e ingenua) de distinguirse de su progenitor, junto con la reconciliación final.

Por último, Julio Llamazares también cambió sus apellidos, adoptando el de la madre (como hizo Trapiello), y, aunque no sabemos a ciencia cierta por qué, las razones pueden ser semejantes a las de Jiménez Millán. De todos los autores de que se ocupa Jurado Morales, es el único escritor al que apenas pudo tener acceso y el más joven, en su obra se refiere a su padre como soldado de guerra, y lo hace en una fecha muy temprana (p. 244). Pero, además, figura también entre los primeros que tras la muerte de Franco se ocupa en su literatura de la guerra y de sus consecuencias inmediatas, y no solo en su poesía («Canción de cuna para mi padre»), sino también en su novela *Luna de lobos* (1985), que inaugura un subgénero de narrativa sobre los maquis (ellos preferían llamarse *guerrilleros*, evitándonos el galicismo). El caso es que su padre fue maestro nacional y formó parte del llamado Ejército nacional, pero ni pretendió ni deseó la guerra, y cuando la recordaba, se nos dice, echaba pestes de los suyos.

Llegados a este punto, debería distinguirse también a aquellos que se distanciaron de sus padres (la mayoría), de quienes se identificaron con la ideología de sus progenitores (Miguel d'Ors); y los que fueron alejándose de las posturas radicales de su juventud (el caso de Andrés Trapiello resulta significativo, al respecto, y, además, lo ha explicado él mismo en sus obras), de los que no. Por no hablar de quienes acabaron decantándose

por el independentismo catalán, como Margarit, aunque luego matizara sus posiciones, y Pere Rovira. No menos interesante resulta la manera en la que el autor nos muestra quiénes eran los padres, sus peripecias durante la contienda y los años de posguerra, cómo les afectó la victoria o la derrota, y cómo esas circunstancias condicionaron la relación con sus hijos poetas. Algunos de estos padres fueron seres —digamos— anónimos, pero otros, como Gustavo Durán y el mismo Leopoldo de Luis, Premio Nacional de las Letras Españolas, o Álvaro d’Ors, destacaron en actividades diversas.

Se trata, en suma, de un libro importante, pues se ocupa de un aspecto de la Guerra Civil, de la poesía que tiene como motivo o tema la contienda, que nunca había sido tratado antes, de la lírica como transmisora de la experiencia de la guerra (miedo, frío, hambre, añoranza de los suyos...), de la memoria heredada (concepto que también yo prefiero al mimético “posmemoria”, de Marianne Hirsch), de un diálogo entre generaciones, entre hijos y padres (recuérdese que existe una nutrida tradición de *cartas al padre*, de Jorge Manrique a Kafka, y al narrador checo se refiere Jiménez Millán), sin olvidar el diálogo entablado por el autor del libro con los poetas que trata. Otra prueba más de que todavía queda mucho por contar sobre nuestra trágica contienda, sobre sus efectos no solo en la sociedad, sino también en las familias, aunque debe encararse siempre con el rigor de José Jurado Morales, quien muestra un profundo conocimiento tanto de la obra como de la bibliografía de los autores de que se ocupa, con la complejidad requerida y sin demagogias ni oportunismos populistas. Pero, además, del libro podría desgajarse una antología de poemas sobre la guerra, sobre unos individuos a quienes —como dice el verso de Llamazares— «les creció un fusil entre las manos», padres de unos poetas notables.



This work is subject to a [Creative Commons Attribution 4.0 International Public License](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

